

metro del edificio, determinado por el saliente de las capillas fundadas ya en el siglo xvii.

No acusa con verdad grande riqueza en su exterior este monumento, ni habla muy alto en pro de la magnificencia de los Puertocarrero, señores de Moguér, por esto mismo; pero cuando trasponiendo la entrada y bajando las anchas gradas que al interior del templo conducen, se ofrece ante la vista el espectáculo de aquella construcción, creeríase el viajero transportado á otras regiones distintas en nuestra España, donde obró el arte ojival tantas y tan señaladas maravillas. Consta de tres naves de importancia y dimensiones distintas, sobresaliendo la real ó del centro, que es la más principal en todos sentidos, y á cuyo extremo inferior sucede el *Convento* con sus dos rejas correspondientes á sus dos alturas respectivas; tiéndese en su orientación la iglesia de norte á mediodía, con no entera exactitud, y los tres arcos que á cada lado perforan la nave mayor, excediendo en su desarrollo de la imposta moldurada, que cortan,—son de aguda flecha, apareciendo soportados por recios machones de fábrica de ladrillo, material éste empleado con predilección en el edificio, y preferido por sus condiciones de baratura en toda la provincia de Huelva, así como en gran parte de Andalucía. Resaltadas ménsulas, ornadas en su parte más saliente de característico follaje, y coronadas de molduras, surgen de las impostas referidas, para soportar el arranque de las cruzadas bóvedas y el de los agudos arcos que se levantan airosos en la nave central, estribando en los perforados muros de ésta, y en los cuales, sobre los dobles y abocelados baquetones que á una y otra parte recorren la archivolta,—dibujándola como ellos, se muestra elegante moldura de puntas de diamante, del más vistoso y del mejor efecto.

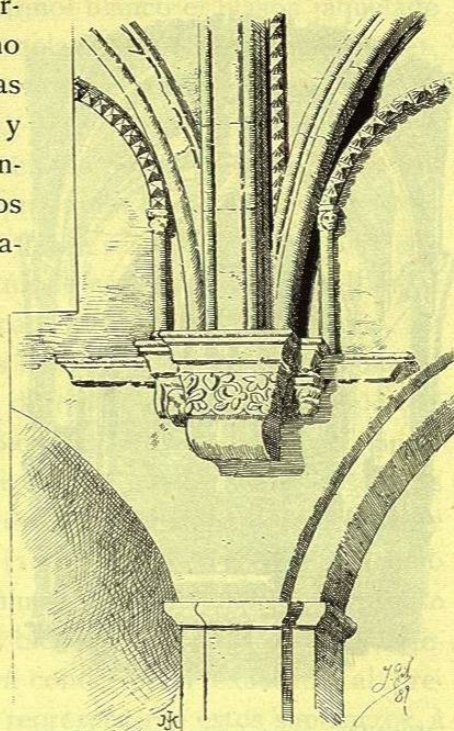
No de otra condición y especie son las que en su desarrollo exornan por su parte interior los espacios ojivos que en los muros de las naves, y sobre los arcos que las perforan, del natural movimiento de las bóvedas resultan, apareciendo allí estas mol-

duras sustentadas en reelevadas columnillas, cuyo capitel se finge por una cabeza humana, y cuyo fuste insiste directamente sin base alguna sobre la imposta misma de que la crucería arranca, á la belleza y esplendor del monumento contribuyendo por tal camino. De fuertes nervios, labrados en piedra, como

las ménsulas y el esqueleto de las bóvedas,—son éstas de ladrillo, y por extremo sencillas, aunque interesantes, mostrándose unidos aquellos por otros nervios ó baquetones en sentido paralelo á la longitud del templo colocados, y ostentando en la clave ó punto de intersección de los mismos, circular arandela con relieves y los blasones sin duda de los fundadores y patronos de aquella santa casa. En esta disposición y forma, que son con ligeras alteraciones comunes en las tres naves,—tiéndese

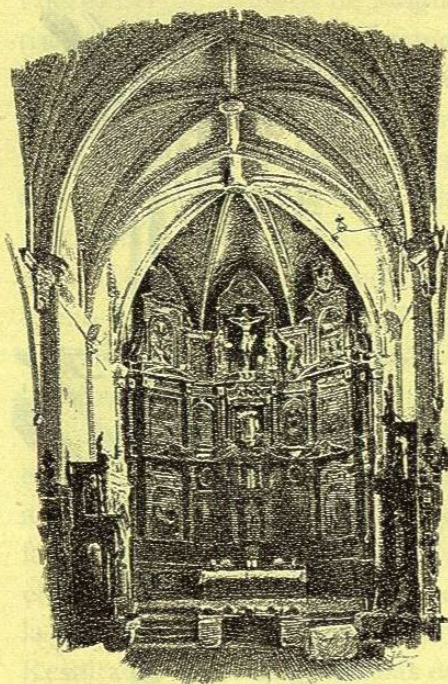
la mayor para prolongarse hasta el ábside, cuya bóveda se ofrece compuesta de siete cascos de trazado idéntico al ya descrito, y en el que, desde el arco toral, es reemplazada la ménsula de que arranca la crucería por cilíndricas columnas de pequeño capitel facetado y ornado de follajes, como la imposta corre escociada y ya sin interrupción, de uno á otro de los tramos en que la longitud del ábside se distribuye.

Parte principal ésta del templo,—digna es de particular atención, no sólo por la pureza de las líneas en el trazado de la bó-



MOGUER.—ARRANQUE DE LA CRUCERÍA DE LA BÓVEDA EN SANTA CLARA

veda á la cual afean resaltados exornos de yeso y modernas pinturas en los tres faldones por los que aparece cobijado el retablo mayor; no tampoco á causa del mismo retablo, de tres cuerpos, decorado de estimables pinturas y efigies no faltas de mérito, y en el cual resplandecen todavía, libres de dolorosa exageración y sensible extravío, las tradiciones del Renacimiento,—sino por los dos arcos sepulcrales ó carneros, adosados á los muros laterales, y por el inmenso lecho sepulcral colocado en el centro de esta Capilla Mayor, y sobre el cual descansan, más ó menos deformadas, las estatuas yacentes de hasta cinco individuos de distinto sexo, todos de la familia de los fundadores. Espectáculo extraño, en realidad, es el que brinda aquel verdadero panteón, en el cual reposan los restos de ilustres caballeros, cuyas hazañas ponderan sobre modo las historias, y cuyos nombres



MOGUER.—IGLESIA DEL CONVENTO DE
SANTA CLARA

aparecen no todos íntegros en dos de los tres monumentos en que fueron recogidas y piadosamente conservadas sus cenizas! Tanto más extraño, cuanto que no abunda en las comarcas andaluzas este linaje de sepulturas, con tan notable frecuencia prodiadas en los templos de Castilla y de León, que allí parecen como indispensables miembros del edificio, mientras en la provincia de Huelva figuran cual excepción, según acontece en esta iglesia del *Convento de Santa Clara*, de Moguér, donde excitan la curiosidad, ya que no el interés apasionado de los naturales.

Levantado sobre el pavimento de la iglesia, el lecho sepulcral que ocupa el centro de la Capilla Mayor, con poco más de un metro de altura,—hállase al parecer labrado de fábrica de ladrillo, no ofreciendo al descubierto sino el frente, en cuyos extremos destaca esculpido en mármol blanco el blasón jaquelado de los Puertocarrero, contracuartelado con el de los Henríquez, mientras el centro se muestra revestido de pintados azulejos, de mérito, á causa de su vulgaridad, escaso. Excediendo del perímetro del lecho, sírvele como de remate por la parte superior volada guarnición de mármol, dispuesta en bisél, que recorría indudablemente los costados y el frente referido, y en la cual, con caracteres alemanes pintados aún de negro, se lee en el lugar correspondiente el nombre de cada uno de los individuos allí sepultados, y cuyos marmóreos bultos, en el silencio imponente y religioso del templo, simulan dormir, á través de los siglos, el sueño perennal de la muerte. Bien que no todas de igual importancia y valer artísticos, no por ello, ni mucho menos, son las estatuas yacentes merecedoras del ofensivo menosprecio con que han sido injustamente miradas (1), apareciendo en realidad como dignas de estimación en su conjunto, y muy en especial las de los extremos, varoniles ambas, bien dispuestas y de buena ejecución y dibujo. No es dable ya conocer con exactitud al presente los personajes á quienes representaron estos simulacros, á causa de la fractura de la letra que designaba á cada uno por su nombre, y la cual, en la forma indicada arriba, se halla concebida en los siguientes términos:

.....almirante. doña elbira lara de belasco. doña marina.

doña beatriz. don alonso fernandez de Puertocarrero

(1) Haciendo mención de esta iglesia, decía con efecto Madoz: «en los lados y al pie del Presbiterio yacen enterradas 9 personas de la familia de los Puertocarreros, y sobre sus sepulcros otras tantas estatuas de mármol, cuya escultura es de escaso ó ningún mérito» (*Diccionario geográfico y estadístico*, t. XI, página 449).

Y es tanto más de sentir este inconveniente, cuanto que da ocasión y motivo á grandes confusiones, como ocurre en orden á la primera de las estatuas, comenzando á contar por el lado del Evangelio, la cual, aunque á juzgar por algún testimonio, no del todo repugnante, y por la palabra ALMIRANTE que, correspondiendo á ella, se lee en el transcripto epígrafe, podría ser atribuída al noble caballero don Martín Fernández ó Hernández de Puertocarrero, señor de la villa de Moguer, cuya hija doña Elvira casó por poderes en Sevilla el año 1420 con el famoso Condestable y privado de don Juan II, don Álvaro de Luna, á la sazón en Talavera (1), no parece ser por otras muchas circunstancias la de su sepulcro, ignorándose á quién pueda representar en familia tan ilustre (2). Dicha estatua aparece en acti-

(1) *Crónica del Condestable don Álvaro de Luna*, tit. XI.—En los *Apéndices* con que ilustró dicha *Crónica* su editor don José Miguel de Flórez, figura la siguiente nota: «Año 1420.—Desposorio, que se celebró en Sevilla en las casas de Pedro Portocarrero, Señor de la villa de Moguér, entre Don Tello de Guzman, Doncel del Rey Don Juan el II, en nombre y en virtud de poder de Don Alvaro de Luna criado y Doncel de dicho Rey, hijo de Don Alvaro de Luna, con Doña Elvira de Portocarrero hija de Martín Fernández Portocarrero y de Doña Leonor Cabeza de Vaca su mujer.» «Está autorizado de Sancho Rodríguez Escribano de dicha ciudad. Sevilla 9 de Marzo» (pág. 399 de dicha *Crón.*).—A juzgar por lo que de doña Elvira decía Pajarón, gracioso de la corte, debía ser esta señora extremadamente morena, nada esbelta, y no muy agraciada de rostro, pues hablando del bautizo del príncipe don Enrique, hijo de don Juan II, y de las personas que á él asistieron, escribía por Enero de 1425 el Bachiller Fernán Gómez de Cibdareal: «doña Elvira Portocarrero salió de blanco, que la apodó Pajarón, como *escarabajo en leche*, con cuchilladas sobre nacarado, abotonada de granates falsos» (*Centón Epistolario*, epíst. I). En 1431 era ya fallecida doña Elvira, pues en el siguiente contrajo nuevo matrimonio el Condestable con doña Juana Pimentel, hija de don Rodrigo Alfonso Pimentel, Conde de Benavente (*Crón. cit.*, tit. XXXIV). Véase los *Apéndices*.

(2) Barrantes Maldonado, al consignar en sus *Ilustraciones de la Casa de Niebla* el matrimonio de don Alvaro de Luna con doña Elvira de Portocarrero, llama á ésta «nieta del almirante Don Alonso Henríquez» (*Mem. hist. esp.*, t. X, pág. 41); pero más adelante, y al hablar de los hijos que dicho almirante hubo, manifiesta que la hija mayor «fué casada con Don Pedro Puertocarrero, señor de Moguer» (pág. 45), lo cual concierda perfectamente con la nota publicada en los *Apéndices* puestos por Flórez á la *Crónica* de don Alvaro de Luna, donde consta que Martín Fernández Puertocarrero tuvo por mujer á doña Leonor Cabeza de Vaca, resultando así en consecuencia, que la estatua primera del lado del Evangelio, á despecho de la palabra ALMIRANTE, en que pudiera aludirse á don Alonso Henríquez, no representa á dicho Martín Fernández, tanto más que á su lado figura en el túmulo como mujer del que yace allí enterrada doña Elvira Lara de Velasco, y la

tud de natural reposo, descansando la cabeza, que trae cubierta con gracioso bonete, sobre dos almohadones que tuvieron resaltados borlones en los extremos; de largas melenas y poblada barba, su aspecto es el de la edad madura, y se halla armado, teniendo encima un balandrán ó sobretodo con movida esclavina, que cubre las piezas del cuerpo y deja al descubierto las de las extremidades inferiores, teniendo á un lado tendido el yelmo que completaba la armadura. Como todas las de su clase, esta escultura debió tener descansando sobre el pecho la espada, arma que ha desaparecido, siendo por todo extremo estimables en ella la ejecución y el dibujo, cual queda arriba indicado.

A su derecha, tendida con mayor rigidez, se ofrece la estatua de doña Elvira Lara de Velasco, mujer que fué sin duda de aquel caballero, y cuya figura se muestra cubierta completamente por amplio ropaje, llevando envuelta en el monjil la cabeza que apoya sin dejar huella sobre otros dos almohadones; tenía las manos unidas en actitud orante sobre el pecho, pero carece hoy de ellas por fractura, siendo inferior en mérito este simulacro al varonil que le precede. Hijos, acaso, de aquel matrimonio doña Marina, doña Beatriz y don Alonso Fernández de Puertocarrero, sus estatuas suceden por este orden en el mismo túmulo; indumentadas por modo semejante las hembras, tiene doña Marina un horario abierto entre las manos, y doña Beatriz carece también de manos como su madre, en tanto que su hermano don Alonso, de semblante juvenil y desbarbado, lleva en la cabeza, que sombrea largas y rizadas melenas, elegante birrete; va vestido de todas armas, y tiene las manos, cubiertas por

del referido caballero, si no contrajo segundas nupcias, se llamaba de distinta manera, según dejamos consignado. Otra razón hay también que contribuye á la demostración que intentamos, y es la que se desprende del blasón colocado precisamente en este extremo, y en el cual escudo aparece partido en dos cuarteles principales, el de la derecha con los jaqueles de los Puertocarrero y el de la izquierda con los castillos y leones de los Henríquez, descendientes de don Enrique II de Trastámara.

los guanteletes, cruzadas sobre el pecho, faltándole la espada como á la figura de su padre; á sus pies, como en los de éste, destaca el yelmo, tendido á la derecha, y semejante al mencionado. Esbelta y graciosa, la escultura de don Alonso, mutilada en



MOGUER.—ESTATUA YACENTE DE DON ALONSO FERNÁNDEZ PUERTOCARRERO EN SANTA CLARA.

los extremos, es proporcionada y agradable, por más que no pueda ser considerada cual modelo, ni permita por completo y en todos sus detalles la comparación con algunas de las que aparecen en igual actitud en otros templos de Castilla.

Las modificaciones que hubo de experimentar el del *Convento de Santa Clara*, al sustituir en el siglo XVII por el actual retablo el primitivo, han hecho que al pie del Presbiterio en la Capilla Mayor, queden encajonados estos sepulcros por las dos humildes graderías que dan acceso al altar mayor, y que apoyan precisamente en los costados del túmulo descrito, dándole por esto mismo singulares apariencias, las cuales bien que no sean suficientes á obscurecer el mérito que en general tienen las esculturas, afean miembro tan principal de la iglesia, donde, cual testimonio de la grandeza de los señores de la villa de Moguér, se ostentan aquellos monumentos de fines ya del siglo XV á que pertenecen en su totalidad, monumentos interesantes á despecho de las diferencias que apartan unos de otros, sobre todo en estas comarcas occidentales de Andalucía, en las cuales son tan poco frecuentes.

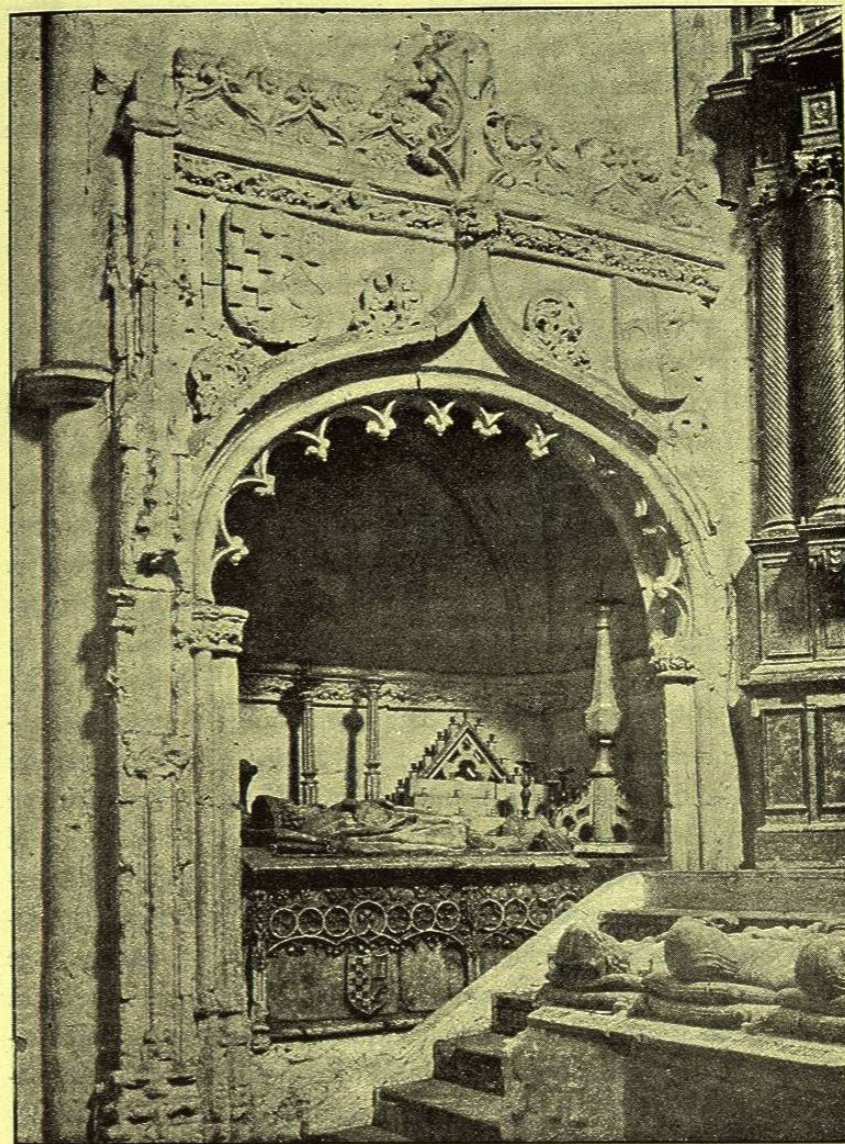
Adosados á los muros laterales del Presbiterio y contribuyendo á la decoración del mismo, ábrese de distinta progenie dos hermosos arcos sepulcrales ó *carneros*, como son llamados

en Castilla, ambos dignos de consideración y estudio y representantes de una misma tradición en aquel sitio. Por su gallardía y su belleza, llama así como por su antigüedad en el orden cronológico la atención, en primer término, el arco sepulcral del lado del Evangelio, cuyo carácter y cuya fisonomía proclaman las excelencias del estilo en que se inspira y á que ostensiblemente corresponde, por más que no se hallen prodigados en él todos los primores propios del mismo, y que resplandecen exuberantes en otros monumentos de su época y extirpe. Obra de fines de la XV.^a centuria, no se presenta ya, como fué uso y costumbre en otras comarcas, formando por decirlo así parte integrante del edificio, esto es, abierto en el mismo muro del Presbiterio, sino que, avanzando sobre éste, mientras el enterramiento propiamente dicho interrumpe la construcción de la fábrica en el espacio ó cavidad suficientemente decorosos para contener el lucillo ó arca sepulcral que guarda los restos de los personajes sepultados allí,—el arco, desarrollándose entre los dos pilares que circunscriben el segundo tramo del ábside, excede de la superficie del muro, resultando apuesto y casi como extraño en aquel paraje.

Flanqueado primitivamente por esbeltas agujas y pináculos de trepado, no se muestra por desventura con aquella integridad que fuera apetecible, despojado hoy de los miembros de esta índole que le decoraban por la derecha, sin duda para dejar espacio al ala izquierda del retablo que casi apoya en aquella parte del monumento. De gracioso arco conopial florenzado, cuya archivolta interna se halla formada por resaltado baquetón cónico,—ofrécese en el intradós recorrido, á manera de angrelles, por calada guarnición de vistosas arcaturas, en cuyos puntos secantes brotan como remates tres botones esféricos del mejor gusto, mientras que, cobijando el interno, avanza en plano superior el florenzado arco externo, con revueltos brotes de cardinas, y resaltado florido nudo en el conopio, del cual partía el grumo, compuesto por un listel á cuyos lados se desarrolla en

contrario sentido una sección de círculo enriquecida de exornos y follajes. Reciben la archivolta pequeños y característicos capiteles, también de follajes, atados al friso de igual especie que, entre dos molduras, recorre el interior del carnero, los cuales capiteles resaltan, coronándolos, sobre los junquillos que constituyen los fustes, levantados éstos sobre basas de poligonales plintos y sencillo molduraje. Deformada por extremo la aguja existente, que es la del lado izquierdo del espectador, adviértese no obstante en ella la ornacina que la enriquecía, y en la cual han desaparecido así la umbela como el plinto encima del cual se ostentaba acaso el bulto de San Pedro.

A la altura del saliente y florido nudo del conopio, corría de una á otra de las agujas escociado friso, formado por pronunciado baquetón bajo el cual, y entre dos filetes, se desenvuelve un vástago ondulante de cardinas; y en tanto que sirviendo de término y remate á la decoración, en plano inferior al del grumo se extiende, aunque sin calar; la crestería,—llenan las enjutas sendos escudos blasonados con armas en relieve iguales á las del túmulo del centro ya mencionado el de la izquierda, y con las de los Cárdenas adestradas de una luna el de la derecha. Con dos cuerpos principales y 1'50 metros de total altura aproximadamente, llena la concavidad del arco el lucillo, incluyendo el zócalo ó basamento sobre el cual se levanta; decorado aquel con profusión, ofrécese compuesto por tres salientes agujas distribuídas á espacios regulares en la latitud del arca sepulcral, entre las cuales se tienden, formando dos arquerías, varias secciones de arco con uno florenzado al medio, recorridas dichas arquerías de angreles y botones de resalto. Sobre ellas, y á cada lado del conopio central, hácese tres círculos perfectos con tres lóbulos colocados al interior, y en dirección distinta en cada círculo, coronando el conjunto hojas y flores de relieve, como todos los exornos, las cuales surgen de ondulado é invertido vástago, secante respecto de los círculos memorados. Intestando en las facetadas basas de las fingidas agujas, un baquetón corrido



MOGUER. — ARCO SEPULCRAL DE DON PEDRO PORTOCARRERO DE CÁRDENAS
EN LA IGLESIA DEL CONVENTO DE SANTA CLARA

limita finalmente por su parte inferior la decoración, mientras en el vano de las arquerías campea á cada lado un escudo con los blasones mismos que figuran en las enjutas superiores de este monumento funerario.

Rota por desdicha en su extremo derecho, que corresponde á los pies de la sepultura, sobresale del arca inclinada ceja sale-diza de mármol, donde en dos líneas de caracteres alemanes pintados primitivamente de negro, figuraba el epitafio, el cual no resulta ya del todo inteligible, á consecuencia de la fractura indicada y de la deformación que han experimentado algunos de los signos, principalmente en la parte de la derecha. Sin embargo de tal contratiempo, lo que de la leyenda es dado comprender al presente se ofrece en esta disposición y forma :

los . bultos . d . esta . sepultura . son . de . los . yll . y . muy . mag^{cos} .
señors . don . p^o porto . carrero de . cardenas..... || de . moquer .
i . villa . nueva . de . fresno . y . c' fallescio . el . dho . s . don .
Pedro . a xx . de . junio . an^o . de . m . y

Sobre el lucillo, tiéndese el lecho sepulcral, y en él descansan las estatuas yacentes del dicho don Pedro Puertocarrero de Cárdenas, y de su esposa, él cubierta la cabeza por un birrete semejante al de don Alonso Fernández de Puertocarrero en el túmulo central, largas las melenas, vestido un capotillo de ancha manga por cuya abertura longitudinal pasa los brazos, unidos sobre el pecho, y teniendo colocada la mano derecha sobre el pomo ó manzana de la espada, mientras reposa la izquierda en el primer término de la vaina de la misma. Descansa la cabeza sobre dos almohadones de labrado brocatel, y á los pies aparece el yelmo y algo del paje que en actitud doliente debía ocupar aquel sitio, siendo la escultura, así por el partido de los paños como por su dibujo, no inferior á las varoniles del túmulo del centro ya descripto. La estatua inmediata de su esposa, se halla vestida de holgado ropaje, y teniendo la cabeza envuelta

en el monjil, según costumbre, en nada se diferencia de las de doña Elvira Lara de Velasco y doña Beatriz, á las que es en extremo semejante, resultando ambas cortas para el lecho en que se ostentan, bajo la estrella que forman los resaltados nervios en la bóveda ojival del carnero, cuya suntuosidad revela la de aquellos próceres y la de sus descendientes, á cuya piedad, ya en los días de los Reyes Católicos, es debida la labra de este interesante monumento sepulcral, único quizás, de los existentes en la provincia de Huelva de tales días y con tales condiciones.

Al frente, en el costado de la Epístola, dibújase en el muro otro arco de aspecto diferente, bien que no menos gallardo, en el cual resplandecen, acomodándose á las tradiciones aún vivas del arte ojival, las galas y preseas del Renacimiento. Graciosa y de medio punto es la archivolta, festoneada por cabezas de querubines, y soportada por volantes columnillas abalaustradas, unidas por medio de la imposta á las pilastras que flanquean el arco y donde en ornacinas superpuestas, aparecen de medio bulto San Pedro á la derecha y San Pablo á la izquierda en los superiores y la Fe y la Esperanza en los inferiores respectivamente, mientras, dando vuelta la decoración al interior del carnero, se muestran la Caridad y la Prudencia en ornacinas de la misma especie, á los pies y á la cabeza del sepulcro. Puede decirse que en la imposta mencionada que corona las pilastras de que se ha hecho referencia, recibe término el primer cuerpo, arrancando de allí el segundo, que comprende la archivolta, flanqueada por grupos de dos columnillas, también abalaustradas, las cuales insisten en la imposta, y reciben el arquitrabe, formado por un friso dentro del que resaltan aladas cabezas de querubines; tiéndese después moldurado el entablamento, y mientras en las enjutas del arco destacan, de buena ejecución, dos ángeles volantes tañendo la bocina,—coronan el entablamento, sobre el grupo de columnillas, tres flameros á cada lado, no íntegros con verdad, pues faltan los de la derecha por fractura.